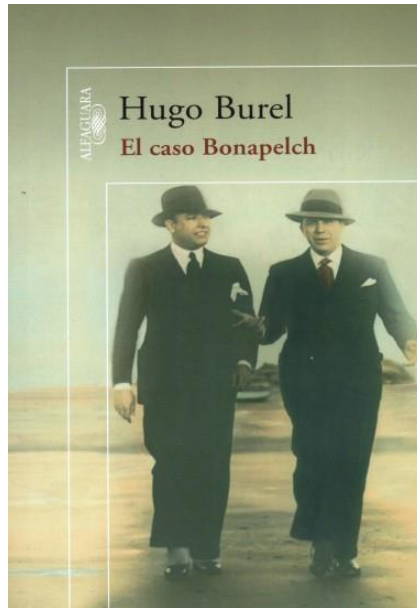


El caso Bonapelch

Hugo Burel



El 29 de abril de 1933, el poderoso industrial José Salvo es atropellado en plena calle por un automóvil y morirá veinte días después en un sanatorio. Artigas Guichón, el hombre que lo embistió, ha quedado libre. Pero todo Montevideo comenta que Ricardo Bonapelch, yerno de Salvo, casado con su hija María Elisa, fue el investigador del “accidente”, para que su esposa cobrase la herencia y él pudiera resarcirse de una serie de malos negocios que lo pusieron al borde de la ruina.

El verano neoyorkino del mismo año, una agencia de detectives recibe un telegrama solicitando los servicios de un investigador privado para indagar en el caso criminal más resonante del momento en Uruguay. Se le encomienda a Guido Santini la tarea, por la sencilla razón de que él nació en Montevideo y luego emigró a los cinco años para ir a vivir a Brooklyn con su familia. Habla bastante bien español y se anima a realizar una larga travesía marítima para investigar el caso y reencontrarse con la olvidada Montevideo de su infancia.

A poco de abordar un barco y dejar Manhattan, y luego de hacer una escala en La Habana, el novato detective vivirá una serie de contratiempos, a bordo del transatlántico Valdivia, que habrán de templar su espíritu y prepararlo para lo que lo espera en la capital sureña.

Una vez que llega a destino, entiende dos cosas: no recuerda casi nada de la ciudad y el presunto homicidio que debe investigar parece un caso perdido. En Uruguay, hace tres meses que se ha instalado una dictadura luego del golpe de Estado del 31 de marzo de 1933. Gabriel Terra, el dictador, es amigo de Bonapelch y su poder parece cobijar al yerno de Salvo que, además de cazafortunas y vividor, tiene una característica notable: es muy parecido físicamente al cantor Carlos Gardel, su amigo e ídolo indiscutido del Río de la Plata.

Escrita con el estilo y los recursos narrativos de una clásica novela negra, Hugo Burel logra que los hechos de ficción se mezclen con los sucesos reales hasta borrar los límites entre ambos. Santini se mueve con el asombro y la mirada de un testigo lejano que va descubriendo la oscura trama del crimen más famoso de la época. Y en ese itinerario nos muestra la Montevideo de 1933, sus lugares y sus personajes, y la atmósfera siniestra que suele envolver a las buenas historias detectivescas. Desde la primera línea, El caso Bonapelch atrapa al lector sin darle tregua y lo sumerge en una investigación que culminará más de dos décadas después de comenzada.